



Precio en Madrid para los suscritores al Museo por un año. . . 20 rs.
Se suscribe en el Gabinete literario, calle del Principe, Madrid.

No se admiten suscripciones á este periódico solo, sino con el Museo.
REDACCION, C. DE SANTA TERESA, N. 8.

Precio en provincia para los suscritores al Museo, por un año. . . 24 rs.
Se suscribe en casa de los corresponsales del Estab. de Mellado.

SUMARIO.

ARTÍCULOS. Huan-Gan-Jun. — Costumbres de Barcelona, por don Joaquín Ferrandis. — Una ascension al monte Sinai. La huérfana del Pirineo. (Continuacion.) novela por don José María de Goizueta. — Domingo de Ramos.

GRABADOS. Huan-Gan-Jun. — Religiosos del convento subiendo viajeros al balcon que sirve de puerta de entrada. — Interior de la capilla de Santa Catalina. — Vista general del monte Sinai. — Domingo de Ramos.

HUAN-GAN-JUN,

PLENIPOTENCIARIO CHINO.

Rara es la vez, que al recibir los periódicos ingleses, no veamos un elogio tributado á este personaje chino á quien admiran los europeos por la urbanidad y elegancia de que está dotado. Reune todas las cualidades que constituyen un hábil diplomático, y por eso ha sido en cierto tiempo el brazo derecho del comisario imperial en gefe Ki-in. En una posicion tan importante Huan se revestía sucesivamente de las mas altas dignidades del imperio. Llevaba el globo rojo cincelado y la pluma de pavo real; es decir, que no le faltaba mas que un escalon que subir para ocupar el rango de la mas elevada nobleza china, y el maxímun de las condecoraciones de esta dinastía.

Fué teniente gobernador de la provincia de Canton con la casi certidumbre de suceder á Ki-in en el cargo de virey de las provincias reunidas de Kuan-tun y de Kuan-ti; llegó el caso de preconizarle ministro de Estado, cuando hubiera llegado á la edad que marcan las leyes del imperio, pero de repente... ¡Oh inestabilidad de la fortuna y del favor! una orden del emperador que llegó inesperadamente de Pekín por medio de un correo extraordinario, privó á este mismo Huan de todas sus dignidades, de todos sus honores, y le redujo al rango de simple particular! La causa en que se fundaba tanto rigor, consistía en un sufragio favorable que dió este funcionario á un candidato indigno, durante los exámenes de la provincia de Canton, del cual disfrutaba la presidencia.



Era un acto de corrupcion del cual pudo hacerse culpable; pero ¿quién es el mandarin que se lisonjea de haber sido integro toda su vida? Precisamente porque la corrupcion es general, y porque la opinion pública se cura poco de este defecto, es por lo que debemos buscar en otra parte la razon, el motivo de la desgracia de Huan. Si damos crédito á las personas que han observado de cerca la política china, habia dos partidos poderosos en abierta hostilidad en el gabinete de Pekín; el uno para el sosten de las leyes exclusivas que tienden á aislar la China del resto del globo; el otro está por las reformas administrativas y por la alianza con las demas potencias, y Huan era uno de los personajes mas influyentes de este ultimo partido; su caída fué la consecuencia del triunfo momentáneo del partido contrario.

Pero en las alturas del mundo político, el viento vuelve al punto por donde menos se le espera, por cuya razon no quedaremos sorprendidos al saber que Huan volvió á ocupar su antiguo favor, y que es actualmente ministro. Este acontecimiento seria de buen augurio para la China y para los extranjeros, puesto que aseguraria por mucho tiempo el triunfo de las ideas políticas, sin las cuales un imperio tan vasto no sabria ser grande y dar indicios de fortaleza y prosperidad.

La importancia de este personaje, y la reputacion que goza en su vida pública, nos escita á referir cierta anécdota perteneciente á su vida privada, y que no seria patrimonio de la prensa española, si la distancia y el ser harto favorable á su cualidad de hombre no nos autorizara á ello.

Antes que Huan se gran-geara el nombre que proclamó la fama, es decir, durante los primeros albores de su lozana juventud, conoció á Tao-kang, hermosa china de prendas muy recomendables, de la cual se prendó apasionadamente; y á pesar de la reclusion en que viven las mujeres chinas, supo hallar ocasion de requerirla de amores.

La condicion entonces oscura de Huan, armonizaba con su escasa fortuna, y Tao-kang era hija única de un mandarin avaro que poseía

grandes riquezas. La joven china correspondió de buen grado á las amorosas insinuaciones de Huan; pero le manifestó al mismo tiempo que era preciso que hablase á su padre sobre el proyecto, pues sin su autorizaci6n no podia prolongar la acogida de un galanteo que lastimaba su reputaci6n de hija sumisa á los preceptos de su padre.

Huan entonces se presentó con ánimo resuelto al mandarín Tao-king, y le manifestó su inclinaci6n honesta hacia la bella Tao-kang. Sorprendido el padre al notar el porte distinguido del enamorado mancebo, le preguntó, como era de esperar, los recursos con que contaba para el objeto, y Huan le respondió que su fortuna era insignificante; pero que su esperanza era colosal. Tao-king negó la petici6n á Huan, asegurándole que nunca daría su hija á quien tan pocos bienes de fortuna poseía; y el rechazado galán, indignado, pero resuelto á obtener á cualquiera costa la mano de su amada, buscó los medios de adquirirse una posici6n.

Encaminóse inmediatamente á la morada de un respetable filósofo, amigo de su difunto padre, y preceptor suyo en su niñez, y le dijo:

—Puesto que gozais de gran prestigio en Canton, y os consulta y venera el emperador, yo vuestro discípulo, yo el amigo de Confucio, á quien casi sé de memoria, pido que me protejais. Dadme un billete para el emperador, referidme en él mis buenas cualidades á fin de que me proteja, y me hareis el hombre mas dichoso de la tierra.

El filósofo entró con Huan en grande confianza, y supo que estaba enamorado.

—Mucho puede hacer la pasi6n del amor. Y tomando el estilo, pintó sobre un papel ciertos caracteres simbólicos, cuya geroglífica escritura recomendaba á Huan de una manera especial al emperador.

Nuestro enamorado chino salió de allí muy satisfecho con su misi6n, compró en seguida una pluma de pavo real y se presentó á su querida Tao-kang, que se hallaba á la saz6n al lado de su padre.

—Ved, dijo el mandarín mostrándole la carta, la esperanza de mi anhelada posici6n. Ved, dijo á su futura, esta pluma con que adornareis el globo que he de ponerme en la cabeza (1). A vos os la entrego, amada señora, y espero que la guardeis hasta mi regreso de Pekin para que vos misma me condecoréis con ella.

La joven quedó conforme y su padre también, pero no tanto como la hija. Pero Huan parti6 con direcci6n á Pekin lleno de amor y de esperanza.

Trascurrieron seis meses, y Huan no regresaba ni aun escribía, y la hermosa Tao-kang dudaba mucho de la fidelidad del viajero.

Por mas recatada que anduvo la prometida doncella no faltaron ojos atrevidos que admirasen los atractivos de Tao-kang, y un fabricante de rosarios y chinelas, poderoso como quien mas, se le pidió á su padre. El padre, avaro mandarín, creyó de su deber preferir lo seguro á lo probable, y dijo á su hija que era preciso casarse con el fabricante de chinelas, por mas que su categoría de mandarín rechazara una union tan desigual, porque era inmensamente rico, y lo mismo en China que en todas partes se adora con preferencia al becerro de oro. La oposici6n de Tao-kang no impidió la nueva boda, la cual se celebró al momento. La recién casada pidió el permiso de habitar un mes en la casa paterna, y el marido consintió en ello.

Quince dias despues del casamiento entró Huan muy satisfecho en la casa del mandarín; vió á su hija sentada al pie de una ventana, mientras que su padre leía á Confucio á su lado. Huan se hincó de rodillas y dijo á Tao-kang:

—Colocad sobre mi globo la pluma de pavo real que os entregué, pues soy plenipotenciario chino.

La desposada cayó al suelo sin sentido, y el padre manifestó al recién llegado la causa de este nuevo accidente en tanto que socorrian á la joven.

Huan, entristecido y sin esperanza, volvió á Pekin, y allí estuvo dos años desempeñando cargos bastante honoríficos, siempre victima de un melancólico abatimiento que destruía su amante corazón.

Cierta dia que recorria con su servidumbre por distraerse, las amenas campiñas de las cercanías de Pekin, penetró en un bosque y oyó los lamentos de una muger que pedía socorro; vuela al parage de donde partía la voz y ve á dos hombres que huyendo, logran apresar los criados de Huan. Acercóse luego á la desconsolada china, y reconoce á Tao-kang, y ve con horror un hombre muerto á sus pies.

—¿Quién es ese hombre? pregunta.

—Es mi marido responde la afligida china. Vinimos á Pekin con el objeto de obtener del emperador un premio por unas magníficas y lujosas chinelas que le hizo mi esposo. Regresáramos á nuestro albergue para emprender nuestra marcha á Canton; pero queriendo visitar estos bosques hemos sido asaltados por dos ladrones que nos han robado, y han dado muerte á mi marido.

Dióse sepultura al fabricante; los criminales fueron entregados á los jueces, y Tao-kang fué conducida á la morada de Huan.

—Ya puedo ser esposa tuya, dijo Tao-kang.

Y Huan la respondió.

—Estoy casado.

—¿Dónde está tu esposa?

Huan abrió una puerta y se la mostró.

Durante la residencia de Tao-kang en la morada de Huan, no se gozó un instante de paz. Ultimamente, nuestro plenipotenciario tuvo que separarse de su muger, y pedir su traslaci6n á Canton, donde vive actualmente presa de una atroz melancolía, aun cuando no falta quien diga que Tao-kang reside en el mismo país; mas otros dicen que falleció de pena, y no falta quien asegure que se envenenó, y que de esta tremenda catástrofe nace el melancólico abatimiento de nuestro personaje chino.

Costumbres de Barcelona.

EL CAFÉ.

Era una tarde de un dia de fiesta, un domingo del otoño, extraordinario el concurso en las calles y plazas, mayormente en la Rambla. El cielo estaba sereno; el sol iba declinando imperceptiblemente por entre ligeros vapores hacia la cordillera de Ordal. El coche negro iluminado por los últimos rayos del astro de fuego, atravesaba silenciosamente aquel paseo, y la multitud viviente obstruía el paso al carro de los muertos, sin que los murmullos despertasen al difunto, y sin que este distrajerse á los curiosos. Aquel inmenso gentío se formaba en casi su totalidad, de esa clase media que los vicios y la corrupci6n ha colocado entre los andrajados que piden limosna y los aristócratas á quienes todo les sobra, hasta para pagar plumas y galones que los pobres se colocan sobre un traje estrafalario. Eran lacayos, mozos de cuadra, doncellas y jornaleros. Ni un elegante se divisaba entre ellos, y únicamente codeaban entre sí los militares. La sociedad de buen tono estaba en los cafés.

Hay una costumbre en las grandes poblaciones de frecuentar las casas públicas; es casi una necesidad el pasar una hora cerca de las mesas de juego, ó asomar el rostro á las cloacas de la disipaci6n, y la moda esclaviza á los temerosos del ridículo hasta sujetarlos á las privaciones, á la intemperie y á las necesidades, hasta á arruinarse para darse importancia.

Magníficos son los cafés en Barcelona, y el que nos sirve de observatorio, superior á cuantos hay en España. Los salones en aquel dia estaban cuajados de elegantes, y todas las estancias respiraban exhalaciones espirituosas; el ambiente era espeso y pegajoso: oíase en lo interior una armonía estrepitosa y marcial; las salas estaban alumbradas por el brillante resplandor del gas. Otro ruido interrumpía de vez en cuando á la música; eran el billar y las imprecaciones de los militares.

En otro salon mas retirado tenia establecido su culto la fortuna. Allí desde el primero al último vicio podían saciar la sed de la juventud corrompida ó por corromper, pues que no muy lejos del café habia un burdel.

El juego, esa pasi6n social, dominaba á la multitud, y dentro de una estancia retirada, estaban alrededor de una larga mesa, varios jugadores con las miradas fijas en una rueda cóncava numerada, que daba vueltas sobre la mesa. Una bola caía en ella, y segun el color y número decidía de la suerte. El rostro de los jugadores indicaba las ganancias y pérdidas, porque allí no se hablaba; la voz del banquero, lúgubre y monótona, tan solo pronunciaba una ó dos sílabas; apenas podía percibirse la respiraci6n comprimida de los asistentes, y el silencio era sepulcral. Segun despues he sabido, entre ellos habia dos jueces para decidir los casos dudosos.

Algo apartado de la mesa, solo en un rinc6n, estaba sentado con bastante negligencia un oficial de alta talla, de tez bronceada y con largos bigotes.

Al parecer meditaba profundamente, como puede hacerlo un militar sin blanca, pues solo contestaba con ligeras inclinaciones de cabeza á los alegres y tristes que entraban y salían. Un cuarto de hora permaneci6 aislado, hasta que sintió le tocaban al hombro con familiaridad.

—Hola, le dijo otro oficial joven é imberbe: estás ya con tus meditaciones espirituales. No parece sino que vienes al café para pensar; y á fé, amiguito, que es el lugar menos á propósito para ello. Aquí se juega, se bebe, se fuma y se blasfema, pero no se pone en retortero el poco juicio que uno tiene; la crisma se guarda para la vejez, si puede alcanzarse, ó para cuando estamos en sociedad de curas y feos. Ea, juguemos. Creo que pasado mañana estarás de bodas, y así tu bolsa va á reventar. Vamos, echemos un albur, y desquite la fortuna lo que te falte de felicidad debajo de la almohada nupcial.

—No juego ni puedo jugar hoy, respondió con sequedad el capitán.

—¿Has hecho algun voto?

—No.

—Entonces estás tronado.

—Es verdad, dijo el novio; y este es el motivo porque me caso.

—¿Oiga!

—¿No comprendes, necio, que solo un desesperado como yo debe hacerlo?

—¿Y cómo te ha tratado tan mal la suerte?

—Hace unos quince dias que perdi mas de treinta mil reales.

—Apuesto que jugaste contra encarnado.

—Como siempre.

—Pues aquí está la mala estrella. He meditado mucho acerca de los colores, y me he decidido por el rojo.

—Tonterías.

—Son las tuyas cuando pierdes. En fin, ¿puedo servirte en algo?

—Te esperaba aquí, bien seguro de que no faltarias.

—Toma, una cosa muy natural. Las cuarenta horas para mí siempre están en la misma parroquia.

—Préstame una onza de oro.

—Es un pedido aristocrático. Conténtate por ahora con un par de napoleones, que es todo mi caudal.

—Voy á probar al demonio. Si gano hasta recobrar mis treinta mil reales te devolveré el dinero; si pierdo....

—¿Vas á pegarte un tiro?

—Me casaré con Celestina.

—Es una resoluci6n digna de un calavera en su agonia social. Y dime, ¿es tu novia aquella morena que tiene un poquito de bozo, ojos negros, nariz....

—Es mi prima.

—Pues entonces ya me devolveras el préstamo en especie.

—Te digo que no es mi novia.

—¡Ah! ya caigo en ello. Es aquella rubita de ojos azules que te bordó la cruz.

—Tampoco.

—Chico, tienes un serrallo.

—Es la hija del coronel.

—¡Ave María purísima! ¿Te casarás con una jorobada?

—Calla, necio, ya no lo es.

—¿Cómo?

—Ha estado en París con su padre, y allí le han aplicado no se qué á la espalda, y va derecha como un huso.

—Muy bien, juega con fé, que has de ganar.

—Mejor.

—No debes desconfiar de la misericordia divina, que te amenaza con una muger tan completa.

Rato habia que la rueda central de la mesa giraba en medio del silencio. Solo palabras monótonas pronunciadas en voz baja, interrumpían aquella mudez; palabras que espresaban una cosa muy sencilla y muy terrible; ganancia ó pérdida. Montones de oro y de plata circulaban desde el centro á la circunferencia, y de esta al centro. Acercóse el capitán á la mesa y apuntó su dinero encima de dos guarismos.—Era el número trece.—El banquero proclamó en voz alta aquel número, y el novio se retiró con un puñado de napoleones.

—Vamos viento en popa, dijo á su compañero.

—¿Dónde vas ahora?

—A combinar mis cálculos.

—No seas fanático, déjate de preocupaciones. Cuando en Vitoria te jugaste el fondo de la caja, estuvo tu suerte en una sota de bastos; y otra sota de oros te arruinó completamente.

—Trece y treinta y cinco son cuarenta y ocho, dijo el capitán meditando; la mitad es veinte y cuatro.

—Número par, exclamó el otro.

—Dentro de un cuarto de hora estará decidida mi suerte, prosiguió el capitán dando una ojeada á su reloj. He ganado á las cinco y tres minutos.

—Es decir que te faltan quince minutos mas.

—Catorce tan solo.

—En este caso te esperaré en el jardín.

En el piso bajo del café se bebía y se fumaba. Cuando el capitán entró en el jardín divisó á su compañero sentado con otro militar en el primer cuartito de la derecha.

—Ven aquí, capitán, gritó riendo, una copa á tu salud, otra por tu boda, y otra todavía por tu fortuna.

Yapuró tres veces la copa.

El bebedor estaba alegre, su rostro tenía rojo, su labio grana y sus ojos morado oscuro.

El jugador estaba pálido, y se observaba una violenta contracci6n en los músculos de su cara. Las miradas del uno no se fijaban y las del otro nada percibían. Los dos tipos del café se encontraban frente á frente, en medio de nubarrones de humo del otro, al lado de las botellas y muy cerca del piano, que repetía por segunda vez la balada de Lucrecia Borgia.

—Siéntate, amigo, continuó el bebedor: vas á probar el vino de Chipre como yo y ese cofrade, el teniente Lucas, del tercero de Córdoba, el cual tal como le ves serio y taciturno, ha apurado dos frascos. Estamos, á no dudar, en aquel dichoso rato de buen humor que tan buenas ideas inspiraba al viejo Horacio, y eso que en su tiempo no se conocía el aguardiente de caña ni el ponche. Dichoso nuestro siglo, en el que se puede beber hasta la saciedad, sin que por sus resultados deje uno de ser hombre de tono. En el dia los grandes personajes se emborrachan. El duque de Vellington, lord John Russell, los gefes de la oligarquía inglesa, célebres políticos, famosos bebedores. Ahora de paso advierto que el príncipe de Polignac, Mr. Guizot, y los generales Grouchy, Melas y Wurmser solo bebían agua, y á ello se debe el resultado de las batallas de 1830 y 1848, como también de las batallas de Waterloo y Marengo y la capitulaci6n de Mantua. El talento y la fortuna están en raz6n directa de la cantidad, é inversa de la mala calidad de los licores. Máxima ó axioma de taberna. Beber es gozar, segun el inmortal Byron.

El capitán solo llegó á rozar la copa con sus labios.

—Hola, no haces caso de la amistad espresada con botellas. No hemos llegado aun al estado de beatitud del abuelo Noé; pero no tardaremos en dormir el sueño del justo.

—El sueño del vicioso.

—Todos los hábitos son vicios, camarada. Vicio es el beber, vicio el dormir, vicio el jugar, vicio el rezar, vicio el jurar, vicio el creer, vicio el dudar.... El vicio consiste en el uso continuado de las virtudes.

—Ideas de café.

—No son los licores los que embriagan; tan solo ponen la barriga caliente y alegrillos los cascos.

—¿El señor fuma? preguntó el oficial taciturno.

—Ha renunciado á la superfluidad, saltó el bebedor, es cuáquero, pues hace servir á los vicios para su provecho. Si juega es para ganar; no bebe, ni fuma, á fin de perjudicar á las rentas estancadas y á eso que llaman contribuci6n de consumos. Hasta come pan sin sal.

—La sobriedad, dijo el capitán, es el primer elemento de salud, y ha sido en todas épocas una virtud.

—Sospechaba yo de que ibas á moralizar un poco sobre la virtud, ese nombre hueco que nada significa. Es un adjetivo social de dos caras, sin género ni color. Déjate de moral. Es una serpiente que está mordiéndote sin cesar el seno del que la alberga; y como muy bien dijo el ciudadano de Ginebra, el animal que piensa es un ser depravado. No pensemos mas. ¿Para qué pueden servir los pensamientos? Gocemos como los irracionales; vivamos como las flores; nuestros placeres serán mas tranquilos. Gozar es vivir; pensar es necesidad.

—Filosofía de La-Metrie.

—Es el caso que vosotros, modelo de la civilizaci6n, os figurais que la embriaguez daña á los devotos; muy al contrario, es un bálsamo contra las enfermedades del siglo. Esa progresiva sociedad de las luces fosfóricas y eléctricas ha desarrollado melancolías, suicidios y desafíos en una escala tan estensa, que amenaza concluir con la raza de dos pies; con sus dramas y novelas produce mas catástrofes que los sermones de Proudhon. Pues bien, buscad un remedio á esa enfermedad sin nombre que azota al prójimo; ¿dónde le encontrareis? En la embriaguez. No hay ejemplo de que un borracho sea maniático.

—Nunca te habia oido disparatar tan néciamente.

—Es que he bebido diez y ocho copas.

—¿Y cuando sean las posterras?

—Moriremos como el artillero al pie del cañón.

—Capitán, templanza.

—Juicio, capitán. Los musulmanes han buscado el secreto

(1) La pluma de pavo real es entre los chinos un símbolo de alta dignidad y nobleza. Solo pueden usarla estos y los altos empleados del imperio.

de un estímulo para el deleite en el opio, y yo lo he encontrado en los licores. Cuando sufro, cuando pasa surcando mi frente una idea triste, corro al marrasquin y ahogo en él mis penas. El suave aroma del aguardiente de nueces verdes penetra en mi cerebro, y magnetizando hasta la última de las cuerdas sensibles escita una titilación grata que deleita en medio de una soñolencia tranquila. Las visiones del paraíso del Profeta pasan por delante de mis ojos, dotados de sensibilidad lúbrica; gozo aquellas vírgenes aéreas, sin que me cueste un ochavo su posesión; á veces llego á ser general, rey, y hasta papa.

—¿Y dura mucho tiempo tu felicidad?

—Algunas horas; después entra el verdadero sueño y muero realmente. Los momentos de ilusión que proporciona la embriaguez son como los días del hombre feliz; solo que aquellos siempre se repiten, y no los otros. En una palabra, el problema de la muerte se resuelve con la expresión *transitus*, y la vida con la voz *delirium*.

—El delirio está en tu cabeza.

—Concedido. Pero tú no puedes negar que mientras duran los vapores del *spiritus* soy completamente feliz.

—Corriente. Lo que siento es que no te encuentras en estado de poderme ser útil.

—Es verdad; estoy sin blanca.

—En cuanto á metálico no te necesito.

—¿Cómo, has triunfado? ¿de cuántos votos?

—Cien mil reales, dijo el jugador al oído del bebedor.

—¡Mozo! gritó este último: azúcar y eter.

El compañero taciturno comprendió que estorbaba, y dejó solos á los dos amigos.

—¿Has formado algun proyecto?

—Sí, quiero casarme.

—¿Con la hija del coronel?

—No.

—¡Ah! Has ganado y cambias de traje. ¡Hi!...

—Ríete cuanto quieras.

—No hay de qué incomodarse; la risa es un accidente de los calaveras.

—Sin duda; te permito reír bajo la condición de que me servirás.

—¿De tercero?

—Sí, pues la candidata es tu prima María Rosa.

—Pero chico, si la ama el capitán Lima...

—Tengo cinco mil duros.

—Es verdad, serás preferido. Pero el capitán de cazadores tiene malas pulgas.

—Mejor; habrá boda y desafío.

—Yo calculaba que el militar no debía casarse sino en un momento de desesperación.

—Así pensaba yo; pero he mudado de opinión.

—Como mi prima es hija única de viuda...

—Has dado en el blanco.

—¿En la comedia qué papel me tocará?

—Ahora mismo vas á ver á tu prima, la insinuas mi amor y por la noche me declaro.

—¿Y si el capitán de cazadores huele la tramoya?

—Aquí estoy yo.

—Sí, pero yo estaré allá.

—¿Temas ser desafiado?

—Aborrezco de todo corazón al duelo. Es una lucha en la cual no hay mas que el casus. Además pertenezco á los filántropos.

—No seas moscón.

—Ya me callo, ¿lo ves?

—Tu tía pidió al coronel un préstamo de 50,000 reales; yo me anticipo y logro un paso. La joven....

—Mi prima es como las demás primas, una segunda edición de la costilla de Adán. En pocas palabras te la definiré: facilidad é inconstancia. ¿Con que, estamos?

—No vuelvo atrás.

—Hasta luego.

—Oye, chico; no se te escape alguna de las tuyas.

—El azúcar etéreo ha disipado la nube.

El capitán encendió un habano y se recostó en una silla aguardando el regreso del mensajero.

—Está vd. muy solito, le dijo un anciano con ironía, ¿no se juega hoy? ¿O teme el señor capitán á la fortuna? A fé mia no era vd. tan virtuoso en otro tiempo. ¡Qué hemos de hacer! Los hombres del día son mudables; como las virtudes con faldas.

El viejo pasó de largo. El capitán siguió fumando.

—Capitán, saludó un oficial de caballería, ¿os habeis vuelto cartujo? Un santo en los cafés es un anacronismo. No seas hipócrita, dais la espalda al azar haciendo muecas como si tuviérais asco, y no os acordais del año pasado. Puede que como yo, esteis sin blanca, camarada, en esta ciudad no faltan hebreos que os prestarán á sensenta y cinco por ciento contra una herencia de América. Quizás alguna respetable abuela os alquilará á buen precio. Abur.

El oficial desapareció. El capitán continuó sentado.

—¡Hola! ¡hola! gritó una turba de jóvenes que entraban y habían visto al fumador.

—Capitán, te convidamos, continuó uno de los troneras.

—No quiero beber, ni comer, ni...

—¡Blasfemia! aullaron veinte y cinco bocas.

—Pero jugarás, capitán. Foseemos entre todos un respetable capital; hemos cobrado hoy, y cada uno de nosotros cuenta de tres á seis mil reales; total ciento setenta mil reales. Pues bien: hemos acordado por unanimidad capitalizar ó totalizar nuestros fondos, reducir los miles á unidades, dar un número por cada una y echar la suerte, de esta manera habrá uno que podrá pedir su licencia absoluta, ó visitar al gran turco. Vamos, ¿cuántos billetes tomas?

—Diez, respondió sin titubear.

—Cuenta diez mil reales, dijo con risa dudosa el que hacia de cajero.

—Aquí están.

—¡En oro!

—Capitán, ¿cuándo te ha caído la lotería?

Aquella turba de malas cabezas, formó un círculo silencioso alrededor de la mesa, fueron numerados hasta doscientos billetes y el duplicado se quedó en manos de cada poseedor.

—¡Mozo! llamaron á gritos.

—Señor.

—Mete la mano en este sombrero y saca una sola papeleta de las que hay dentro.

El criado atónito, estrajo un papel doblado.

—¿Qué número? exclamaron todos.

—Ciento quince; dijo el criado.

—¡Houira por el capitán Lara!

Serian poco mas de las siete de aquella tarde, cuando el primo regresó al café. El capitán todavía permanecía solo en su cuartito.

—Albricias, gritó el que llegaba, hemos vencido.

—¿Cómo? preguntó el otro.

—La fulana es nuestra.

—¿De cuál hablas?

—De mi prima María R... Figúrate la sorpresa que he tenido al encontrar al capitán de cazadores que acababa de reñir con ella. Aunque no sea mas que por despecho, ha contestado satisfactoriamente. Ello es que estás citado para esta noche á las diez. Con que vamos ¿qué dices tú á mi diplomacia?

—He reflexionado un poco sobre tu prima y comprendo sería una mala acción soplarla á otro amante.

—Si están de riña.

—Harán las paces.

—Es que me he comprometido por tí.

—Bueno: vuelves á verla y confiesa que todo ha sido una broma.

—Capitán ¿has bebido?

—No: pero he jugado.

—Y habrás perdido como de costumbre.

—Al contrario. Soy poseedor de quince mil duros.

—¡Rayo de Dios! Ya me devolverás los dos napoleones.

—Convertidos en oro.

—Peso por peso; será una verdadera alquimia. Un quince por uno de ganancia limpia.

Abandonaremos á tu prima.

—Ya lo creo; no está en tal altura. Pero ¿has formado otro plan.

—Sí: quiero dejar el servicio.

—¿Qué mas?

—Y casarme.

—Estás desahuciado de la mano del médico que solo piensa en tales locuras. Y ahora, ¿quién será la candidata para el himeneo?

—La baronesa de...

—Linda viuda de veinte y tres años, sin parientes, ni hijos.

—Hace cosa de un mes que pasé una tarde en su casa de campo y me dijo la doncella que su ama había soldado estas palabras: Si el capitán L... no fuese de tan corta fortuna, me casaría con él.

—Sentencia de muger filósofa, que tú no has olvidado.

—Mañana voy á ofrecerla mi corazón.

—¡Corazón impermeable!

—Y mis quince mil duros depositados en el Banco.

—¿Y la prima María R...?

—Ahí la dejo para el de cazadores.

—¿Y la hija del coronel?

—Descanse en paz.

—Lo siento. Pálida como está va á convertirse en cera amarilla-verde. ¿Y Leonor?

—Hace mas de quince días no la he visto.

—O sublime azote de las mugeres! ¡imagen de lo que son ellas! ¡Conforme vas aumentando de doblones estienes tu ambición hacia un horizonte limitado! ¡Mozo! ocho botellas de ron. «Este caballero paga.» Ahoguemnos la alegría; no sea el caso que.... Chi. chi.... Y se ha marchado ¡Voto á...! Habrá ido á depositar el dinero en el Banco. ¡Bueno! Una, dos, tres copas á la salud de la baronesa... ¡Mozo! Una, dos para el capitán. Ahora me acuerdo. Hasta hoy le he prestado un centenar de habanos que no me ha devuelto. El se cree que las deudas de trueno son papel mojado... O se figura devolvérmelos en el infierno porque allí estarán mas baratos. ¡Oh gran Luzbel, jefe republicano de los condenados, de ti espero justicia y te convido á un refresco de Champagne cuando estemos juntos.

El oficial filántropo, después de haber apurado las botellas, después de haber filosofado acerca los licores y la borrachera se quedó dormido recostado en la mesa.

Las doce y media serian, cuando el capitán L... le despertó.

—¿Qué hora es? dijo soñoliento y balbuceando.

—Mas de media noche.

—Has hecho mal en despertarme. Casualmente estaba soñando.

—¿Y qué soñabas?

—El juicio final.

—Estás loco ó has bebido demasiado.

—Tu última parte es verdadera. En cuanto á lo de locura, he soñado que los que encerramos en las jaulas son los cuerdos y los locos son los que andan en libertad.

—Ea, vámonos.

—¿A casa de la baronesa?

—Ya no estoy por ella.

—Chispas, ¿has vuelto á jugar?

—Es verdad.

—Has ganado uno ó dos millones y querrás ahora casarte con la reina Pomaré.

—He perdido.

—¿Volveremos los ojos á mi prima?

—Imposible: he sufrido un Waterlío.

—Déjame dormir una hora mas. Tú vuélvete al juego y soñando te haré ganar.

—Vamos, necio.

—Aparta, loco. Palabras de Calderon de la Barca.

—He cambiado de plan. Me casaré con Celestina.

—¿La jorobada?

—Ya no hay remedio.

Tendrás que hacer un viaje á París todos los años para aplicarla el corsé.

—El suegro satisfará el gasto.

—En fin ¿estás decidido?

—Lo estoy.

En aquel entonces llegó el asistente del capitán, con un fardo de papeles.

—Mi capitán.

—Aquí vamos á ver la orden.

—Un billete de color de rosa.

—Es de Celestina.

—¡Oiga! ¿qué dice la niña?

—Un no redondo y brusco á mi demanda.

—A Dios gracias que tiene juicio la chica. ¿Un novio que posee quince mil duros y se los juega en una hora? Apruebo las calabazas.

—Un oficio del coronel.

—Será una postdata á la carta de su hija.

—Esto á lo menos consuela.

—¿Una cruz ó el grado?

—Mi licencia absoluta.

—¡Diablo! Será que el ministro de la Guerra ha sabido que vas á ser baron.

—Una esquila de convite.

—¿Para un entierro?

—Para el infierno.

—Se va calentando la cosa.

—«Mañana se celebra el contrato matrimonial de la señora baronesa *** con el señor general ***»

—Es una sucesión de catástrofes.

—Esta es la cuenta del sastre.

—¿Cómo se permite á esa canalla presentar cuentas en un siglo en que la civilización las ahorra á los gobiernos?

—Una carta de mi padre.

—¡Un sermón de cuatro páginas! el buen viejo piensa que hemos de ser santos; no se equivoca, pues ya eres mártir. Y eso que estamos, como se dice vulgarmente, en la primera jornada de la Magdalena. ¿Qué conversión no lograria de ti ahora un reverendo jesuita! Por dos ó tres mil reales serias capaz de tomar la sotana.

—Otra de mi abuela.

—¿Cuánto moco no habrá en ella!

—Estamos enterados.

—¿Nos vamos, ya?

—No parece sino que la fortuna, simbolo de la muger, se ha complacido en hacerme sentir todos los extremos del placer y del dolor en pocas horas. Corriente, sin dinero, sin empleo, sin novia... todo lo hemos perdido...

—Menos el honor, como el rey Francisco.

—Pues, señor, para coronar tan solemne catástrofe, voy...

—¿A levantarte la tapa de los sesos?

—A ahogar mi rabia en...

—Chico, no precipitarse.

—¡Mozo! seis botellas de ron.

—Gracias á Dios que la buena causa va ganando prosélitos de día en día. No tengas duda alguna de que dentro de un cuarto de hora habrás olvidado á la baronesa, al juego y al ministro de la Guerra, ¡alleluya! Los grandes hombres han recurrido al dios Baco en sus adversidades. Diocleciano, no renunció al imperio sino para poder embriagarse á sus anchuras. Napoleon, el grande hombre del siglo, no hubiese vivido un solo día en la isla de Santa Elena, á no haber sido el escelente moscatel del Cabo. Carlos X, se solazó en sus dos emigraciones con el vino del Rhin; Luis Felipe I se daba de vez en cuando un buen sorbo de ron para disipar su fastidio en Claremont. Es fama que el general Dupont, después de Bailen bebía un poco mas de lo regular. Si el célebre Pitt hubiese apurado una docena de botellas de Jamaica no hubiera muerto de despecho por la victoria de Austerlitz.

El filósofo de café siguió predicando hasta que le venció el sueño. El capitán rato ha que dormía; y yo voy á hacer otro tanto.

JOAQUIN FERRANDIS.

TRISTEZA.—Soy de los mas exentos de esta pasión, y no la amo ni la estimo, aunque el mundo haya querido honrarla con particulares favores. Visten con ella á la sabiduría, á la virtud, á la conciencia; necio y villano adorno! Los italianos han bautizado con mas propiedad, con su nombre á la malignidad (tristeza), porque es una cualidad, siempre dañosa, siempre tonta, y como baja y cobarde siempre; los estoicos prohibían tenerla á sus individuos.

Montaigne.

Una ascension al monte Sinai.

FRAGMENTO SACADO DE UN DIARIO INÉDITO.

.....En fin, al revolver un enorme peñasco, vimos el convento de Santa Catalina.... El calor, el cansancio y la sed me habían abrumado de tal modo, que apenas tenia fuerzas para abrir un poco los ojos y dirigir de cuando en cuando una mirada insegura á aquel oasis con tanta impaciencia deseado. Aunque hacia ya muchos días que no habia descansado á la sombra de un árbol, el jardín por junto á cuyas tapias pasábamos, me pareció sumamente grande. En aquel momento, para llegar mas pronto, hubiera deseado su supresión completa, y maldije con cólera la prudencia de los monges, que obligados por temor de los árabes á tapiar las puertas de su convento, izan á los viajeros como si fuesen fardos de mercaderías, por medio de una cuerda como un cable, hasta una ventana elevada á mas de cincuenta pies del nivel del suelo: esta operacion, bastante sencilla en sí misma, necesita preparativos demasiado largos. Saber que á algunos pies sobre vuestra cabeza se encuentra verdor, frescura, agua, frutas, divanes muy blandos y cómodos, y aguardar sobre la silla dura y abrasadora de un camello, al frente de una pared que todo el día ha estado recibiendo los rayos del sol, en medio de un camino pedregoso y lleno de polvo, mas seco todavía que vuestra garganta, bajo un sol de esos sin sombra que os privan del uso de vuestras facultades intelectuales y de las de vuestro cuerpo, y esperar, padeciendo semejantes molestias, la bajada de la maroma destinada á libraros de ellas, es el mas cruel de todos los suplicios. Entonces los minutos os parecen días y los segundos horas. Aquellos monges habrán sufrido semejante castigo, pues no saben compadecerse de los males de los que le sufren. ¡Cuán lentos son en decidirse! Apostaría á que el prelado duerme con apacible sueño en la menos calurosa de todas las celdas, y que no se atreven á despertarle para leerle nuestros documentos de introduc-

cion, y pedirle permiso para llevar á efecto nuestra ascension. —¿Y si se negasen á recibirnos? me dijo mi compañero de viaje con voz profundamente conmovida....

No me habia ocurrido todavia aquella idea: me hizo estremecer desde la cabeza hasta los pies, y la rechacé como una inspiracion del espíritu maligno.

—Es imposible, le contesté inclinando la cabeza sobre mi pecho.

—Pues yo no soy de vuestra opinion, á fé mia: no solo lo creo posible, sino aun probable. Veo tres monges que nos miran y que no están satisfechos del resultado de su examen, si se ha de juzgar por su fisonomia. Seguramente no entraremos, porque despues de conferenciar entre sí, se han alejado....

Si hubiese tenido las fuerzas suficientes habria derribado las paredes del convento, y sepultado entre sus ruinas á todos aquellos desahuciados monges, que tenían sombra y agua con abundancia y se negaban á darnos una pequeña parte, á los que nos hallábamos privados de ellas tanto tiempo hacia, y de que teníamos tan grande necesidad. ¡Pero ay! me sentia demasiado débil aun para quererlo....

—En ese caso, dije á mi compañero, ya no me resta mas que morir.

—Vivid, vivid, me contestó con un acento enteramente diferente. Me habia equivocado: ya bajan la cuerda, miradla....

Bajaba efectivamente, pero con un garfio, en el que nuestros guías engancharon los equipajes, que segun el uso establecido, tuvieron el privilegio de precedernos á lo interior del convento. Cuando concluyó su ascension el último lio, volvió á bajar la cuerda con un palo atravesado en su punta. Habia por fin llegado nuestro turno. Despues de ayudarme á bajar de mi camello, nuestros guías me ayudaron tambien á colocarme en aquella silla de nueva especie. Me agarré con las dos manos á la cuerda, que comenzaba ya á ponerse en movimiento, y cuando llegué á la altura de la ventana por que habia entrado ya mi maleta, un brazo vigoroso me lanzó en medio de la celda del conserje ó portero, en donde echando pie á tierra, tuve tiempo, mientras aguardaba á mi compañero, de examinar detenidamente el mecanismo, en extremo sencillo, que nos permitia con grande satisfaccion nuestra introducirnos en el interior del convento de Santa Catalina. Cuando la cuerda baja ó sube, se desarrolla ó enrosca en un cilindro, por medio de unas palancas cruzadas, semejantes á las que sirven en los puertos para sacar las piedras de los buques....

La hospitalidad de los monges del convento de Santa Catalina, no deja nada que desear. Es la misma para todos los viajeros. Yo no puedo hacer mas que repetir lo que acerca de ella ha dicho Mr. Douzats, en su interesante relacion, titulada: *Quince dias en el monte Sinai*, y cuyos pormenores son tan exactos, aunque hayan sido revisados por Alejandro Dumas.

Al punto nos condujeron á dos celdas contiguas, con divanes cubiertos con tapetes bordados, y nos dejaron tiempo para peinarnos, limpiarnos y adornarnos, durante cuya operacion nos trajeron café y agua; pasados algunos minutos, nos avisaron que iban á servirnos una refaccion. Pasamos á una habitacion en donde habia una mesa con sus manteles y demas necesario, y en ella, arroz con leche, huevos, almendras, dulces, queso de leche de camella, aguardiente de dátiles destilado en el convento, y que dilatado ó mezclado con agua formaba una bebida deliciosa. Pero lo que mas nos regocijó en el alma, en medio de aquella suntuosidad, fué el pan tierno, verdadero pan como el que no habiamos comido ya hacia muchos dias.

Al fin de la comida toda la comunidad entró en nuestro refectorio. Los bondadosos padres venian á felicitarnos por nuestra llegada, y á ponerse á nuestras órdenes para todo lo que pudiéramos desear. Pedimos visitar el convento aunque estábamos en extremo cansados, pero nuestra impaciencia fué mas fuerte que nuestra fatiga. Uno de los religiosos marchaba delante de nosotros, y al instante le seguimos.

Visto en su conjunto el convento del Sinai, con la advocacion de Santa Catalina, y fundado por mandato de Justiniano y de la emperatriz Teodora, se asemeja á una pequeña ciudad fortificada de la edad media. Sus tapias almenadas forman un cuadro de mas de setecientos setenta pies por cada frente, y están construidas de pedruzcos de granito de medio pie de grueso, y algo mas de ancho. En los cuatro ángulos se elevan otros tantos bastiones pequeños con troneras para piezas de cañon de poco calibre, de que los defensores de la plaza hacen uso muy rara vez, y solo para hacer un poco de ruido cuando los árabes son algo importunos ó tratan de talar la huerta situada fuera del convento, con el cual comunica por un subterráneo cerrado con una puerta muy gruesa forrada de planchas de hierro: la huerta tiene tambien buenas tapias, pero son menos gruesas y mas bajas que las del convento.

Lo interior del convento, propiamente dicho, comprende un gran número de edificios irregulares, contruidos por planos diferentes en un terreno muy desigual y variado. Cuéntanse en efecto en él, ademas de una espaciosa iglesia dedicada á Santa Catalina, veinte y seis capillas, que cada una tiene su patrono, una mezquita construida en el siglo XVI, para preservar al convento

de la destruccion con que le amenazaba el fanatismo musulman; celdas que comunican con galerias exteriores de made-

necesarias para el sostenimiento de los monges, y la conservacion del monasterio.



Religiosos del convento subiendo viajeros al balcon que sirve de puerta de entrada.

ra, otra galeria ó corredor con muchas puertas de habitaciones reservadas para los extranjeros, y en fin, bodegas, y otras dependencias para guardar provisiones y otras cosas

arrebatar por unos ángeles que la trasportaron al cielo.»

Visitamos en seguida la biblioteca, en que Burckardt contó mil quinientos volúmenes griegos, y setecientos manuscritos árabes. Los monges actuales solo entran allí para enseñarla á los extranjeros. Las capillas, notables por la riqueza de sus adornos y por el caracter bizantino de sus pinturas, y el refectorio cuadrilongo en cuyas paredes están pintados el paraíso y el infierno, se hallan tambien desiertos.

—¿A qué hora comeis? pregunté al monge que nos acompañaba.

—Solo hacemos una comida á las nueve de la mañana, me contestó.

—¿Y no comeis ya nada hasta el dia siguiente?

—En comunidad no, señor, pero al ponerse el sol, cada uno de nosotros puede tomar un poco de alimento en su celda, si tiene necesidad de él.

—¿Y cómo os proporcionais carne en este desierto?

—No la probamos jamás: nuestra comida se compone de pan blanco, un plato de legumbres, ó de un potage, rábanos y licor de dátiles.

En efecto, al dia siguiente por la mañana, asisti á aquella frugal comida. Junto á la puerta hay un púlpito en que uno de los monges leia pasajes de la Sagrada Escritura: de cuando en cuando suspendia la lectura, y los monges interrumpian su comida para entregarse á la meditacion: cuando ya no hubo nada en la mesa, volvieron á la capilla para rezar sus oraciones en accion de gracias: despues nos condujeron á las galerias para tomar café, y cada uno de ellos se bebió por lo menos dos tazas.

A pesar de su frugalidad, ó mas bien por causa de ella, los monges del convento de Santa Catalina no gozan de una salud satisfactoria. Se levantan muy temprano para rezar sus oraciones, pero permanecen todo el dia en la mas completa inaccion. Tampoco fatigan su entendimiento mas que su cuerpo, pues la mayor parte de ellos son en extremo ignorantes. Todos hablan el griego, pero escepto los que van al Cairo por negocios del convento, no hay ninguno que entienda el árabe. Todas las provisiones se las remite del Cairo el convento principal, á donde afluyen las limosnas de los cristianos que desean ser comprendidos en las oraciones de los religiosos del Sinai. Sus ocupaciones consisten en mantener su habitacion en ese estado de limpieza que causa admiracion á los extranjeros: en extraer aceite de sus olivos, un poco de vino de las uvas de sus parras, aguardiente de los dátiles, higos y escobajos de los racimos, y en cultivar su huerta, maravilla de trabajo y de paciencia, en donde pasé deliciosamente el dia siguiente al de mi llegada, sentado á la sombra de magníficos naranjos cubiertos de fruta, á la orilla de un arroyuelo que esparcia con sus aguas la frescura, aun cuando la mayor parte de los manantiales de la montaña se habian secado....



Interior de la capilla de Santa Catalina

Al otro día nos levantamos al salir el sol, porque debíamos verificar nuestra subida al monte Sinai. Uno de los monjes consintió en servirnos de guía. Después de volvernos á bajar hasta el pie de las paredes del convento, sentados en el palo ó travesaño de madera, en el que habíamos sido izados hasta la ventana de entrada, trepamos por un escarpado sendero, que en otro tiempo estuvo cubierto con anchas losas, pero que se hallan desgastadas, fuera de su sitio, y aun arrebatadas por las lluvias y la acción de los vientos. Serpientes de un tamaño enorme volvían á esconderse en las hendiduras de los peñascos cuando nos íbamos acercando á ellas, y lagartos horribles cuya mordedura es muy dolorosa, y á veces peligrosa, enderezándose y apoyándose en sus colas, nos veían pasar con aire amenazador. Indudablemente se hubieran arrojado sobre nosotros, si no hubiesen temido á nuestros bastones. Por lo demás, la especie de barranco ó quebrada por donde subíamos, no tenía de notable nada más que su aridez.

La palabra Sinai sirve para designar simultáneamente la cadena de montañas que separa el golfo de Suez ó mar del Oeste del golfo de Arabia ó mar del Este, y el punto culminante de aquel grupo, que tiene de elevación cerca de ocho mil pies sobre el nivel del mar Rojo. El monte Horeb, con el cual se le confunde algunas veces, no es más que una cresta elevada que le oculta con frecuencia á la vista. Hacia la mitad de los arruinados escalones que subíamos con indecible trabajo y fatiga, y en el momento en que dejábamos el monte Horeb, para pasar al Sinai propiamente dicho, vimos una puerta en forma de arco, y sobre la piedra que es la clave de aquella bóveda, una cruz á la que se refiere una tradición que goza de grande crédito entre los monjes. Si hemos de creerlos, un judío que salió del convento para subir al Sinai, fué detenido en aquel sitio por una cruz de hierro que le cerraba el paso

descalzo, hacían confesión general, y recibían la absolución de sus pecados.

Nuestra ascension duró cerca de cuatro horas y media: ningún incidente digno de mención distrajo su fastidiosa monotonía. De trecho en trecho hacíamos largas paradas, porque el calor era sofocante; pero nos detuvimos particularmente junto á la capilla construida en el sitio en donde el profeta Elias permaneció cuarenta días, cerca de la cual se

«Cuando estuvimos en la cima del monte, dice, observamos que era de peña muy dura y de color de hierro; pero que sin embargo no carecía de yerbas, porque había gran cantidad de agenos del género scriphium, y panaces asdepias. Se halla rodeado por todas partes de montañas, y es mucho más alto que el monte Ida de Creta; pero á mi parecer, no es tan alto como el monte Olimpo en Frigia. Con todo, es tanta su elevación, que cuando volvíamos la cara hacia el

Mediodía, veíamos fácilmente las dos orillas del golfo arábigo, y las montañas en donde se halla situado el monasterio de San Antonio, que se halla en los desiertos confinantes con la Etiopía al otro lado del mar Rojo. Volviéndonos después hacia la parte que mira al Oriente, en cuanto podía alcanzar la vista, no descubrimos más que países muy montuosos pertenecientes á la Arabia Petrea: mirando luego hacia el Septentrion por encima del monte Horeb, que no dista de allí más que legua y media, veíamos también terrenos cubiertos de peñascos y montañas: en fin, mirando por la parte del Occidente, no vimos más que la llanura desierta, estéril y cubierta de arena, que habíamos atravesado al venir del Cairo; pero entre el Occidente y el Septentrion, porque el día estaba claro y sereno, podíamos distinguir el sitio del mar Mediterráneo, que dista de allí cinco jornadas.»

Sobre aquella cima en donde yo leía, fué en donde al tercer mes de su salida de Egipto, oyó Moisés de boca de Dios las siguientes palabras:

«Dirás á los hijos de Jacob: habeis visto lo que he hecho en Egipto: como el águila lleva sus aguiluchos sobre sus alas, os he conducido yo; y ahora, si guardáis mis mandamientos sereis mi pueblo escogido. Me presentaré á vosotros en una nube y oireis mis palabras. Ve, pues, servidor mío: hoy y mañana purifica al pueblo, y fija limites en derredor de la montaña: el que los traspasare será castigado con la muerte, «Y al tercer día, cuando comenzó á aparecer la aurora.



Aspecto interior del convento de Santa Catalina.

eleva un ciprés magnífico, único árbol de su especie que ha resistido al calor de aquel clima abrasador. Visitamos también el peñasco desde donde Moisés, dominando la llanura de Rephidim, estendió sus manos hacia el cielo, durante la batalla que Josué sostenía con Amalek.... En fin, atravesando los últimos escalones, vimos uno de los panoramas mas hermosos que le es dado al hombre contemplar en la tierra....

Al mismo tiempo que admiraba aquel magnífico espec-



Vista general del Monte Sinai.

por cualquier lado que se presentase: asustado de aquel prodigio, se puso de rodillas, suplicando al monje que le acompañaba, le bautizase, lo cual se apresuró á hacer con el agua del barranco. Aquel milagro dió lugar á una costumbre que en el día ha caído en desuso. Durante largo tiempo iba todos los días uno de los monjes á hacer oración en frente de aquella puerta, y los peregrinos, antes de poner sus plantas en la montaña á que Moisés no se atrevió á acercarse sino

táculo, leí á mi compañero de viaje una descripción de él, de fecha de cerca de trescientos años, pues fué impresa en París en 1555 en las *Observaciones de muchas singularidades y cosas memorables encontradas en Grecia, Asia, Judea, Egipto, Arabia y otros países extranjeros*. Su autor, Pedro Belon de Mans, es seguramente el primer viajero francés que ha visitado el Sinai, con el objeto de describir lo que viera en él.

una inmensa y sombría nube cubrió el Sinai, y de aquella nube salían grandes voces mezcladas con el estruendo de los truenos, y el sonido de las trompetas. Toda la montaña parecía de fuego. Sin embargo, Moisés subió á ella, Dios le dió sus mandamientos, y todo el pueblo oía la voz y las sonoras trompetas: veía las lámparas encendidas y la montaña cubierta de fuegos, y lleno de terror se mantenía á larga distancia. Cuando Moisés volvió á presentarse:—Habladnos, le

dijeron, porque si el Señor prosigue hablándonos tememos morir.—Sed firmes en vuestra fé, les dijo: Dios ha venido á vosotros para probaros, para que el temor de su cólera os contenga en el pecado.—Y volvió á subir y entró en la nube en donde estaba el Señor, que le dió sus demás mandamientos.

En esta cima fué también en donde Moisés, después de pasar cuarenta días y cuarenta noches sin acercarse á sus labios ni pan ni agua, tuvo la ventura y la gloria de ver al Señor. «Dejadme contemplar vuestra gloria» dijo al Altísimo, y el Eterno le respondió: «Te mostraré mi magnificencia, proclamaré delante de tí la magestad de Jehovah; pero no verás mi rostro, porque no hay hombre que pueda verle y vivir. Ahí en lo alto hay un peñasco: mantente en pie sobre él á la entrada de la caverna, y cuando pasare mi esplendor, mi mano te cubrirá: cuando haya pasado retiraré mi mano, y me seguirás con la vista. Ningún mortal puede ver mi rostro.» Entonces Jehovah descendió en la nube, y pasó por delante de él.... Durante esta contemplación del Altísimo en su gloria, el rostro de Moisés se había vuelto resplandeciente. Así, cuando volvió á bajar y se colocó en medio de Israel, todos, Aaron, y el pueblo, se apartaron amedrentados al ver los rayos que despedía su rostro. Desde entonces se vió obligado á cubrirse la cara cuantas veces se presentaba al pueblo: pero se quitaba el velo cuando entraba en el Tabernáculo para hablar al Altísimo que le escuchaba como un amigo oye á su amigo.

Estos versículos de la Biblia los volví á leer también en el mismo sitio en que Moisés siguió al Señor con la vista cuando hubo retirado su mano. Según la tradición, su terror fué tan grande, que el temblor de su cabeza dejó en el peñasco una señal indeleble: los musulmanes, que han construido en la cima del Sinaí una mezquita en frente de la capilla cristiana, han querido tener también su leyenda milagrosa. Si se les ha de dar crédito, cuando el Profeta hizo en una noche, montado en el camello sagrado, el viaje de ida y vuelta desde la Meca á la montaña de Ararat, se detuvo al paso en la cima del Sinaí: y los guías árabes enseñan á los viajeros la huella que el Burack ó el pie del camello dejó impresa en la peña. Los monges del convento de Santa Catalina, solo con mucha dificultad se deciden á hacer ver aquella señal perfectamente semejante á las que deja en la arena el pie de un camello. Está á la derecha de la mezquita á unos veinte ó veinte y cinco pies mas abajo. La mezquita y la capilla se hallan ruinosas. Todos los años, el tiempo y los vientos dejan caer algunas piedras, y no tardará mucho en que solo quede de ellas la memoria. Sin embargo, los *ex-votos* que contienen, prueban que cada año reciben la visita de cierto número de peregrinos.

Al volver á bajar, visitamos la piedra de Horeb ó la peña de que Moisés hizo brotar agua, golpeando en ella con su vara: es un pedazo de piedra granítica de veinte pies de altura, que solo se halla adherido al suelo por su base. Se ven en él cuatro ó cinco hendiduras horizontales ó poco menos, colocadas unas sobre otras, poco profundas y largas y reunidas en una pequeña canalita para facilitar la salida y corriente del agua. Los árabes tienen en gran veneración la peña de los Meribah, nombre que dan á la piedra de Horeb: creen que las hojas que se introducen en aquellos agujeros tienen la virtud de curar los camellos.

Todavía no había concluido el día cuando volvimos á entrar en el convento; pero no aguardamos á que se pusiese el sol para ir á descansar en nuestras celdas, en donde después de haber tomado una ligera cena, nos dormimos con el mas profundo sueño sumamente cansados, pero sin que nos causase pesar aquella fatiga.

La huérfana del Pirineo (1).

CAPITULO VI.

QUE ES CONSECUENCIA DEL ANTERIOR.

Tan pronto como el coronel D' Herville salió del aposento, se frotó las manos con muestras de alegría y se encaminó á su cuarto, en donde se encerró. Acercóse á un rincón oscuro y allí quitó algunos ladrillos del suelo, descubriendo un hueco en donde tenía guardados varios legajos de papeles. Encendió luz porque la noche iba aproximándose, y se puso á registrar los legajos.

—Cartas de Madrid, dijo tomando uno de ellos; por aquí todo va bien, y no tardará en estallar una conmoción popular cuyos resultados son difíciles de prever; este sacudimiento tal vez sirva para despertar al pueblo español de ese sueño que dura siglos y que enerva sus fuerzas.

Dejó aquel legajo y tomó otro.

—Correspondencia de Francia, murmuró. Por aquí no hay nada; todos aguardan y nadie se atreve á romper. La fortuna y el genio del corso les amedrenta. Los nobles antiguos se codean con los nobles modernos; acuden á hacer la corte á ese emperador de ayer; gente corrompida y egoísta que sacrifica el brillo de su nombre y arrastra por el lodo su dignidad; y creen hacer mucho con comunicarnos algunas noticias insignificantes, y con celebrar una misa de difuntos en sus capillas particulares y á puerta cerrada, el día en que la monarquía francesa murió á manos del verdugo.

Al decir esto arrojó con desprecio el legajo que tenía en la mano.

—Cartas de Inglaterra; dijo tomando otro mas voluminoso que los anteriores. He aquí el único refugio de los últimos restos de la monarquía y de la renombrada nobleza de Francia. Aquí al menos encontrará la expresión sincera de los corazones leales; líneas trazadas por manos fieles.

Y fué leyendo una tras otra como hasta veinte cartas.

—¡Ah! Aquí está lo que buscaba, exclamó tomando un papel delgado, transparente, y cubierto todo él de caracteres diminutos; leamos su contenido otra vez.

«La condesa de La Mothe ha estado aquí, dijo leyendo el papel; y vuelve á la frontera de España en donde parece ser que ha fijado su residencia. No dudamos de su fidelidad, pero desconfiamos mucho de su carácter romanesco. Id á su lado

y no la perdais de vista; bien dirigida puede sernos muy útil, pues según nuestros informes es querida y respetada en esas montañas, en donde se la conoce con el nombre de madama de Bréssens. Tened presente que son dos los únicos resortes por medio de los cuales se puede hacer de ella lo que se quiere; el odio y el amor. Esplotad la primera de esas dos pasiones; la abraza en su corazón hace muchos años contra un tal Bertholon, comandante de batallón actualmente en el ejército del usurpador. Motivos fundados tiene la condesa para odiarlo; ella os lo dirá si sabeis sonsacarla. Vos sois joven aun; fácil os será agradarla. Si conseguís hacerlos amar de ella, tendreis en esa muger altiva una esclava. Sus pasiones son vehementes, su corazón no puede estar vacío; si no os ama, es seguro que ama á otro. Inquirid, revolved, buscad, y hallareis de seguro el objeto de su amor; atraedlo á vuestras miras, y la condesa es vuestra. Os repito que es muger que nos será muy útil. Os advierto que nada la hemos descubierto de nuestros secretos; obrad, querido D' Herville; el momento se acerca quizás; el corso pierde el tino y su estrella comienza á oscurecerse.

—Muy bien, dijo colocando la carta sobre la mesa y preparándose á contestarla. Se conoce que están bien enterados de lo que es Carolina; ella no me ama, estoy seguro de ello, luego ama á otro. ¿Quién podrá ser? En este país no habitan mas que labradores mas ó menos acomodados. Observaremos. En cuanto al comandante Bertholon ya veo que las noticias son exactas. Se puso livida cuando oyó su nombre. ¿Por qué le odiará? Será alguno de sus amantes que le habrá plantado por otra. ¡Bah! esto no me importa; ella le odia; esto es lo esencial....

Y se puso á escribir.

Mientras el coronel D' Herville se ocupaba en despachar su correspondencia secreta, no estaba ociosa Carolina.

Abrió una de las ventanas del salón, tomó una luz, y la pasó cuatro veces por la ventana, la cual cerró en seguida. Al poco rato se oyó un prolongado silbido; la condesa se cubrió con un capotón de paño y desapareció de la estancia. Bajó cautelosamente por la escalera, atravesó el zaguán, y se deslizó como una sombra por la puerta que daba al bosque. Junto á ella estaba en pie un joven montañés. Cogióle la condesa de la mano, y sin dejarle hablar una palabra, le condujo á una cabaña que la misma había hecho construir en lo mas escondido del bosque. Llegados allí, encendió una vela que llevaba á prevención, cerró la puerta y se sentó en un banquillo.

—Ahora, Felix, hablemos, dijo al montañés que permanecía en pie. Empiezo dándote las gracias por tu vigilancia; eso me prueba que no olvidas ni los mandatos de tu padre, ni lo que me debes como á tu bienhechora.

—Podeis estar segura de que nunca lo olvidaré.

—Que me place, mi valiente amigo, dijo la condesa sonriéndose; pero sientate á mi lado, porque tenemos bastante que hablar. Ante todas cosas supongo que tu madre....

—Mi madre, señora, ruega á Dios noche y día por vos, dijo el mancebo.

—¿Y tú, Felix, ruegas también por mí? le preguntó clavando en él su mirada.

—Todas las mañanas, señora, respondió sentándose á una respetuosa distancia de la condesa.

—Siempre lo mismo, murmuró Carolina con algun enfado.

Y luego prosiguió en voz alta y mirándolo fijamente:

—¿Te seria penoso, Felix, el ausentarte del país por algun tiempo?

El mancebo se conmovió al oír tan imprevista pregunta; pero se repuso al punto y contestó con calma:

—Si mi ausencia es necesaria para vuestro mejor servicio, desde ahora estoy dispuesto á marchar.

—Te quisiera confiar una comisión delicada, y que no puedas fiar mas que á personas que me quieran bien.

—En ese caso, señora, yo debo desempeñarla, se apresuró á contestar el mancebo.

Carolina esperó un momento una sensación de placer extraordinario al escuchar aquella respuesta.

—¿Es decir que tú me quieres bien? le preguntó.

—¡Oh! señora, contestó el cazador, dadme ocasiones en que poderoslo probar, y vereis entonces si soy ingrato.

—Bien está, Felix; yo te juro que ocasiones no te faltarán; ¡y quién sabe hasta dónde podrá llegar entonces mi agradecimiento! Eres joven, Felix; el porvenir te sonríe; la fortuna te se presenta propicia; aprovéchate de ella, mi buen amigo, y lo demás déjalo á mi cuidado.

—Gracias, señora, gracias; dijo el mancebo.

—Por ahora deseo que vayas á Bayona.

—Estoy dispuesto, señora.

—Allí te enterarás muy por menor de las noticias que corren. Averiguarás el número de tropas que se reúnen, quiénes son los gefes que las mandan; cuáles son sus designios; en una palabra, Felix, eres español, y espero que no descuidaras ni un pormenor cuyo conocimiento exacto tanto puede interesar á tu país.

—¿Luego es cierto, señora, dijo el joven, que vuestros compatriotas abrigan malas intenciones contra España?

—Así se dice por ahí: por eso es necesario estar prevenidos: tal vez esos rumores sean fundados.

—¿Y cómo vos, señora, siendo francesa, os tomáis por los españoles mas interés que por los de vuestro país?

—Por muchas razones, amigo mio: razones que algun día sabrás; porque te juro, prosiguió mirándolo con intencion, que llegará un día en que nada te ocultará tu amiga mas verdadera.

—Mucho lo celebraré, replicó el cazador: porque habeis de saber que padezco mucho al considerar que teneis un pesar oculto para mí, que daría cien vidas por vos.

—¿Tanto me quieres? preguntó Carolina acercándose al joven con viveza.

—Mucho, señora, mucho: contestó Felix con entusiasmo.

Carolina se pasó la mano por la frente, quiso hablar; pero haciendo un esfuerzo violento se calló: bajó la cabeza y quedóse pensativa y en silencio.

Calla, corazón, calla, murmuró: aun no es tiempo.

—Señora, se atrevió á decir el cazador, que no comprendía lo que el silencio repentino de Carolina significaba: señora: ¿habré tenido la desgracia de disgustaros?

La condesa levantó lentamente la cabeza.

—¿Disgustarme tú? No, amigo mio, no: al contrario: todo cuanto he hecho por tí y por tu padre, no puede compensar

el inefable placer que experimento al oír tu confesion. ¡Oh! si supieras cuánta falta me hace un corazón como el tuyo, que sepa comprenderme, apreciarme en lo que valgo, un corazón leal.

—Señora, contestó Felix: yo creo que no puede haber quien conociéndolos no os estime.

—Así lo crees tú, pobre joven, sin experiencia de mundo; porque no estás contaminado aun con el contacto de esta sociedad corrompida, en la cual los sentimientos mas nobles, como los mas tiernos, se sujetan á cálculo. Pero dejemos esto para otra ocasión, dijo reponiéndose de la emoción dulce que le causaban las palabras de Felix, y ocupémonos de lo que nos importa al presente: vas á Bayona.

—¿Cuándo, señora?

—Lo antes posible.

—¿Ahora mismo?

—Sí, si; cuanto antes mejor: toma dinero, añadió dándole un bolsón repleto: condúcelo con prudencia y no vuelvas hasta mi aviso. ¿Conoces á Damian?

—Mucho, señora.

—¿Tienes confianza en él?

—Segun para qué; es tan niño....

—Pero es sagaz, y sobre todo educado en el odio á Napoleon: puedes fiarte de él. Irá á Bayona dos veces á la semana: él te llevará mis órdenes y me traerá tus noticias. Y ahora, adios Felix, y que él te guie: acuérdate de que dejas aquí una amiga que rogará por tí noche y día: porque has de saber que tu comisión no carece de peligros, y si te sucediese alguna desgracia, añadió con voz temblorosa y asiendo la mano, seria muy infeliz por toda mi vida.

El cazador besó con efusión aquella mano que apretaba convulsivamente la suya, y salió del bosque acompañado de la condesa quien le abrió la puerta que daba al campo.

Quando Felix hubo desaparecido en la oscuridad, cuando cesaron de percibirse sus pisadas, cerró Carolina la puerta y se encaminó lentamente á la cabaña solitaria: sentóse en el parage que ocupó el cazador, y á pesar del frío penetrante de la noche, estuvo inmóvil largo rato y sumergida en profunda meditación.

—Corazón virgen, murmuraba de vez en cuando: hombre en cuya noble frente no se descubren esas huellas que deja en pos de sí el vicio: ¡Oh! el amor de ese hombre haría feliz á una reina....

Y proseguía en su inmovilidad.

Carolina, la hermosa y altiva señora, la condesa de la Mothe, amaba á un pobre montañés, cazador de oficio, salvaje como las montañas en que había vivido: ella, ¡la muger de moda en los salones de Londres y París, adulada, obsequiada por lo mas enconpetado de ambas capitales, se retiraba á un país montañoso y desierto para amar allí á un joven, hijo de la naturaleza. Si, pero este mancebo poseía cualidades que interesaban en alto grado á la romanesca dama: era joven: era hermoso; pero no como lo son los que frecuentan salones aristocráticos: con esa belleza en la cual el peluquero y el sastre entran por la mitad; no era hermoso como esos jóvenes que se presentan entre el brillo deslumbrador de salones iluminados con profusion, en una atmósfera caliente y cargada de perfumes embriagadores, en donde todo se reúne para seducir, desde la fútil conversacion de modas de que tanto gustan las mugeres, hasta las miradas estudiadas tal vez con antelación frente á un espejo: en donde la música, las joyas, las frases banales de cumplimientos en los cuales para nada entra el corazón, son otros tantos auxiliares de bellezas ficticias que desaparecen á una con la noche.

Felix tenía la hermosura sin adornos del hombre primitivo; su voz era dulce y armoniosa; de sus labios fluían palabras que venían directamente de un corazón que no conocía el dolo, y por lo tanto franco y leal. Por eso la condesa de la Mothe, bastiada de ver pulular en su rededor hombres como los que arriba hemos pintado, encontró un encanto desconocido para ella cuando vió á aquel joven que en su sencillo lenguaje la ofrecía sin engaño su vida en agradecimiento de un favor muy pequeño: por eso al mirar aquellos ojos serenos en cuya límpida mirada todo era verdad, se enamoró de ellos; por eso cuando de aquella boca purpurina salían palabras impregnadas de poesia, sencillas en sí, pero que expresaban grandes ideas, como son todas las que inspiran la naturaleza, se enamoró del que las pronunciaba; por eso, en fin, cuando por primera vez fijó sus ojos en la alta estatura de Felix, en aquella inteligente cabeza que anunciaba brillante imaginación, amor ardiente, abnegación sin límites, amistad á toda prueba, fuerza, vigor y energía varonil lo amó con delirio.

—Y él me ama, murmuraba; lo conozco: otros hombres se hubieran apresurado á decirme sin aguardar á que yo les mostrase la mas ligera preferencia: al paso que él tan tímido... tan modesto... ya se ve, se cree tan inferior á mí. ¡Oh! Desearia ser una sencilla aldeana de estas montañas... Día llegaré, sin embargo, en que todo se descubra; porque el amor es una pasión que no puede estar oculta por mucho tiempo: y entonces, oh, entonces, á pesar de las habillitas de los cortesanos y de los nobles de Francia, seré su esposa y me sepultaré gustosa con él en este país de tantos recuerdos para mí.

La condesa salió de la cabaña y se encaminó á la casa sumergida en sus reflexiones. Tan preocupado estaba su ánimo, que no advirtió el rumor que producian algunas hojas secas, ni tampoco vió un hombre que oculto tras de los troncos de los árboles la iba siguiendo cautelosamente como un traidor de melodrama.

Carolina salió del bosque y el hombre oculto entre los árboles dió dos palmadas, y corriendo y saltando como un gamo, se encaramó por la pared que cercaba el bosque, y desapareció.

CAPITULO VII.

LA POSADA DE LA CALLE DES BASQUES.

Felix había llegado á Bayona á la mañana siguiente de su entrevista con Mad. de Bréssens y alojóse en la calle que aun hoy día se llama *Des Basques*. Las posadas que en la citada calle se encuentran, no han perdido todavía aquel sello de respetable antigüedad que tanto llama la atención de los que visitan Bayona por primera vez. Desde el momento

(1) Véanse los números anteriores.

en que el viajero entra en alguna de ellas, observa la escalera desigual y pendiente arrimada a una pared de color indefinible, por todo lo largo de la cual, hay una soga mugrienta que sirve de pasamano.

Llegad al primer piso, girad a la izquierda y estad seguro de encontrar la sala comun que sirve de comedor a los huéspedes de la posada. Frente a la puerta, está la cocina a la derecha del descanso de la escalera. El piso del comedor es de tablas carcomidas; en el centro hay una gran mesa de roble, contemporánea del piso, y por ambos lados bancos de madera tambien, con altos respaldos, contemporáneos a su vez de la mesa. En algunos de estos comedores, como un refinamiento de lujo, vereis las paredes empapeladas; pero el papel no tiene color, ó mejor dicho, participa de todos los colores. El ambiente que en estos comedores se aspira, es de la calidad mas heterogénea que se puede imaginar; pues las partículas grasientas que se escapan de los guisados servidos a la mesa, se adhieren al techo con una tenacidad sin ejemplo; el humo del tabaco de los comensales, deja tambien algo de su aroma acre pegado a la capa grasienta del techo, y los vapores que exhala el vino, se mezclan asimismo a los demas miasmas que revolotean por el salon.

Figuraos, que desde las siete de la mañana hasta las once de la noche, nunca falta en el comedor algun comensal que engulle a dos carrillos los platos que la hostalera le presenta; y que desde las once de la noche hasta las siete de la mañana, tampoco falta alguna persona que ronca apaciblemente, tendida a la larga en uno de los bancos; y asi podreis comprender lo puro de la atmósfera de aquellos comedores, que nunca se ventilan.

En la época actual, solo se alojan en estas posadas los honrados contrabandistas souletinos, los pastores de Aldudes, los traficantes baztaneses, y los marineros ribereños; pero en la época en que llegó Felix, honraban estas hospederías, oficiales y gefes de alta graduación del ejército imperial. Y esto nada tenia de extraño, pues la ciudad toda andaba alborotada con la próxima llegada del emperador de los franceses, y todas las casas, llenas de los que componian su estado mayor y su escolta particular.

Ya hacia tiempo que Felix ocupaba un reducido aposento de la posada de la señora Rosa, situada en el centro de la citada calle, y ateniéndose a las órdenes de Carolina, comunicaba regularmente a su bienhechora, noticias que cada día eran mas interesantes.

La hostalera habia cobrado cariño a aquel joven tan hermoso, que tan pacífico vivia, y que tan puntualmente pagaba su quincena adelantada: asi es que tuvo un gran disgusto al observar que su huésped se aburría en su posada, y que andaba triste y pensativo.

Procuraba la compasiva Rosa distraerlo de mil maneras, ya haciendo que la acompañase a las revistas que se pasaban con frecuencia al ejército en la esplanada de la puerta de España, ya obligándolo a embarcarse en una ligera lancha y bajar al *Bocau* para merendar allí las deliciosas lonjas del jamon bayonés, el jamon mas delicado de Francia y de Navarra.

La señora Rosa era viuda, y no la disgustaba oír a sus vecinas cuando salía acompañada de Felix.

—¿Qué novio tan gallardo se ha echado Rosa! a bien, a bien, que es demasiado joven para ella.

Pero Rosa se reía de estas habladurias, y empezaba a abrigar en su corazón la esperanza de cambiar de estado con aquel apuesto mancebo. Por eso la enorme papalina que cubria su cabeza los dias de paseo, se veía almidonada con tal propiedad, que parecia una gorra de los granaderos del emperador; tambien su delantal de tafetan se veía cortado con mas coqueteria, los zapatos mas lustrosos, y sus medias azules, de lana basta que antes eran, se habian cambiado con otras de seda.

Pero por mas esmero que la hostalera ponia en condimentar por su mano las viandas que presentaba a su huésped favorito, por mas que Rosa le servia muy de mañana el vaso de leche caliente dándole los buenos dias con risueño semblante, ó deseándole buena noche despues de hacerle beber una taza de vino cocido con azúcar y canela, la tristeza del joven, lejos de disminuir, iba en aumento.

Y a fe que no le faltaban motivos. Habia salido de Urdós sin tiempo para despedirse de su amada, sin poder informarla del parage a donde iba: bien hubiera podido emprender un corto viaje, que para él hubiera sido obra de un día, y despues de ver a Inés, volver a Bayona; pero se le habia ordenado no moverse de la ciudad hasta que se le mandase, y cada vez que Damian venia, era portador de instrucciones en que le recomendaban mayor cuidado en el desempeño de su comision. Nada se le decia en aquellas misivas de volver al pais, y por consiguiente suponía que su vuelta podria retrasarse por mucho tiempo.

No queria pedir a Damian noticias de su querida Inés, porque temia el carácter malicioso y la perspicacia del monago de que ya tenia algunas pruebas. Este estado no podia durar, sin embargo, mucho tiempo, pues el pobre joven iba desmejorando a ojos vistas, y por la profunda pena que él espermentaba, deducia la de Inés, que al verse abandonada repentinamente por su amante, sin saber el motivo, ni el parage a donde habia marchado, debía sufrir un tormento superior al suyo.

En esto pensaba asomado a la ventana una tarde en que llovía copiosamente, cuando vió que un oficial superior desmontaba de su caballo y entraba en la posada. Nada habia en ello de particular, pues no pasaba día sin que se alojasen en la misma, oficiales de regimientos que diariamente llegaban de paso para Portugal, (según decian) y que se marchaban despues de dos ó tres de descanso. Pero sea que el rostro de aquel gefe chocase a primera vista por una enorme cicatriz que empezaba en la sien derecha y concluía en la izquierda bajo la mandíbula, ó por otra causa desconocida, ello es que Felix deseó saber quien fuese aquel oficial, y para conseguirlo llamó a Rosa.

La hostalera no se hizo aguardar, pues lo que mas deseaba era poder charlar a sus anchas con su hermoso Felix, como ella le llamaba. Apenas entró, la preguntó el joven:

—Decidme, mi buena Rosa, ¿sabeis el nombre de ese gefe que acaba de llegar a la posada?

—¿El de la cicatriz? preguntó Rosa a su vez.

—El mismo.

La hostalera salió del aposento, registró la escalera, vol-

vió a entrar, cerró tras sí la puerta, y acercando su boca al oído de Felix que miraba atónito todos aquellos preparativos, le dijo:

—Es el comandante Bertholon.

—¿El comandante Bertholon? ¿y para decirme eso tomáis tantas precauciones?

—Pues qué, ¿no habeis oído hablar de él?

—Es la primera vez que oigo pronunciar su nombre, contestó Felix.

—Es muy extraño, dijo Rosa mirándolo, porque es uno de los hombres de mas fama del pais.

—¿Fama buena ó mala? Rosa.

—A mi no me está bien el murmurar de mis huéspedes: pero por vos infrinjo las reglas. La fama del comandante era muy mala antes que marchara al ejército; desde que está en él parece que va mejorando.

—¿Pues qué hizo ese hombre en aquella época?

—¿Qué hizo? Fué el terror de estas cercanías. Guillotinó a muchas gentes honradas, persiguió cruelmente a otras, y finalmente, fué presidente de un club jacobino.

—¿Con que tan malo era?

—Si lo hubierais visto con su gorro colorado, a la cabeza de doscientos entre mugeres y hombres recorrer todo el departamento cantando la *carmagnola*... os aseguro que os hubiera aterrado como sucedia a otros muchos.

—¿Y no hacian mas que cantar? Eso no es para asustar a nadie.

—Ya lo creo, pero al mismo tiempo que cantaban, cortaban cabezas e incendiaban las quintas de los ricos.

—¿Y el pueblo qué hacia? ¿qué hacian las tropas y las autoridades?

—¿El pueblo? contestó Rosa. El pueblo eran ellos.

—¿Cómo? ¿pues no habia mas que doscientos habitantes en Bayona? preguntó Felix admirado de lo que oía.

—Ya lo creo que habia mas; pero como ellos decian que representaban al pueblo francés, el pueblo francés se dejaba representar por ellos.

—No lo entiendo, Rosa.

—Ni yo tampoco; pero lo cierto es que asi sucedia, y que el actual comandante Bertholon era ni mas ni menos que lo que os he dicho.

—Tiene muy mala cara ese hombre.

—Pues su padre dicen que era mas feo aun.

—¿Quién era su padre?

—Un carretero de Mont de Marsan, que despues entró de lacayo en casa del conde de La Mothe. Cuando murió, le sucedió su hijo y se portó muy mal con sus amos.

—¿Qué ingrato! dijo Felix.

—Oh! Es que fué mucho lo que hizo.

—¿Sí, eh?

—Fué el que causó la ruina de la familia del conde.

—¡Infame! exclamó Felix.

—Era un malvado, mi querido huésped; añadió Rosa en voz mas alta de lo que exigia la prudencia.

—¿Y cómo siendo un malvado lo han admitido en el ejército?

—Porque asi que acabaron en París con Robespierre y demas usurpadores, tuvo buen cuidado de marcharse del pais y sentar plaza en los regimientos que conquistaban la Alemania, y como es hombre que ni teme ni debe, se hizo notable por su valor, hasta que ha llegado al empleo que hoy tiene.

—Si vuestro emperador supiese quien es...

—Demasiado que lo sabe; pero nuestro emperador es hombre que no se para en pelillos, y lo que él quiere es que sus soldados y oficiales se batan con valor sin curarse de otra cosa.

—De modo que los crímenes de ese hombre...

—Se olvidaron: la cicatriz de la cara los ha borrado.

—Y vos Rosa ¿los habeis olvidado tambien?

—Yo no; pero qué quereis, es preciso que vivamos con todo el mundo, y os advierto que el comandante Bertholon ha sido uno de los parroquianos mas constantes de mi posada.

—Es decir, observó Felix sonriéndose, que será uno de vuestros favoritos.

—Asi es, y él me quiere y me distingue, porque soy de las pocas personas que en esta ciudad le miran con buenos ojos.

—Pero supongo, Rosa, que no ireis a decirle lo que hemos hablado respecto a él.

—Ya me guardaré muy bien.

En este instante se oyó en la estancia una voz fuerte que llamaba a la posadera.

—Allá voy, señor comandante, allá voy, contestó Rosa.

—¿Es él quien os llama?

—El mismo, mi hermoso huésped. Cuando querais cenar no teneis mas que avisármelo, y al momento se os servirá.

La hostalera bajó las escaleras con mas prontitud que lo que acostumbraba, de lo cual dedujo el joven, que si no le querian bien al comandante, cuando menos le temian.

La conversacion que acababa de tener lo habia distraído algun tanto, consiguiendo variar el curso de sus pensamientos. Asomóse de nuevo a la ventana, y al poco tiempo vió que por los arcos en donde hoy se venden los pescados, salía un muchacho embozado en un capotillo, y que se dirigia a su posada.

—Ese es Damian, pensó Felix; ¿cómo es que llega hoy, cuando no le correspondia venir hasta pasado mañana?

Felix estaba inquieto, porque temia que algun acontecimiento inesperado motivase su venida; pero el monago, sea de intento, sea porque no tuviese motivos de inquietud, no se daba prisa por entrar en la posada; antes al contrario, se entretenia en dar un puntapié al perro inofensivo que pasaba por su inmediación, ó bien en admirar las magnificas estampas en que se representaba la batalla de Marengo, en la cual Napoleon aparecia montado en un caballo verde, ó bien compraba castañas asadas, que comia sosegadamente, sin dársele un árdite ni de las voces de Felix que lo llamaba a gritos, ni de sus amenazas; llegando a tanto su poca diligencia, que desapareció de la calle en seguimiento de un tambor que pasó por allí tocando marcha en su caja de guerra.

Dábase Felix a todos los diablos por la tardanza del monaguillo, pues se encontraba decidido a pedirle noticias de Inés aun a riesgo de descubrir su secreto, y por otra parte deseaba con el ánsia que es de suponer, saber la causa de la venida intempestiva de Damian.

Pero ya hemos dicho que este muchacho de todo se curaba menos de subir al aposento del cazador y comunicarle las órdenes de que era portador. Y no porque no hubiese columbrado a Felix asomado a la ventana, ni por no haber oído sus gritos ni sus gestos de amenaza, sino por otro motivo oculto hasta ahora para nuestros lectores, pero que adivinarán si se toman la molestia de escuchar el monólogo de Damian, mientras marcando el paso con admirable precision, seguia al tambor por las calles de Bayona.

—Ola, ola, iba diciendo sin perder el compas; ¿tapujos a mí? ya os pesará, señor mio; yo que soy el portador de los secretos de madama de Bréssens, os haceis conmigo el reservado? Como si no supiese que es el novio de Inés y el amante de madama... ya me las pagará todas juntas; porque el día menos pensado diré, si me enfado, a Inés lo que he visto y oído, ó a madama lo que adivino. ¿Y el otro? Vaya un imbécil de mayordomo; cada día mas taciturno y de peor genio. Si madama me escogiese a mí para su servicio, ya le haria yo hablar al tal.

Aquí llegaba en su soliloquio, cuando el tambor, entrando en el cuartel, cesó de tocar. El monaguillo recordó entonces que aun no habia comido, que estaba empapado en agua, y que la noche se venia encima; y sin detenerse ni un momento mas, echó a correr en direccion a la posada de Rosa.

Apenas hubo llegado, subió de cuatro en cuatro la escalera y entró de golpe en el aposento de Felix; sentóse en una silla y comenzó a gritar:

—La cena, Rosa, la cena.

El cazador, que acechaba desde la ventana la llegada de Damian, no lo vió entrar en la posada porque ya iba anocheando y la calle estaba muy oscura. Asi es que se asustó al oír el estrépito de la puerta de su aposento al abrirse, y los gritos del monaguillo que no cesaba de alborotar pidiendo la cena.

—Merecias que te arrancase una oreja, bribon, le dijo cuando lo hubo visto.

—¿Y por qué? preguntó Damian con la mayor flemma.

—Me gusta tu desvergüenza. ¿Cuánto hace que has llegado a Bayona?

—Una hora ó poco mas, contestó.

—¿Y cómo no has venido a verme antes?

—Porque tenia que despachar otros asuntos.

—¿Qué asuntos, tunante? mirar estampas, comer castañas, y seguir como un tonto a los tambores que pasan por la calle?

—Caramba, respondió Damian; pues no sois poco curioso.

—Lo he visto desde esa ventana.

—Asi es la verdad; pero no he descuidado otros negocios que tenia que despachar.

—Pero ¿qué negocios? sepamos.

—¡Hola! ¿Quereis saberlos? le preguntó sonriéndose con malicia.

—¿Y por qué no?

—Porque yo no quiero que los sepa. ¿Me participais acaso los vuestros? Ahí va una carta de madama, que es lo que me han dado para el señor Felix; lo demas no os importa.

Tomó Felix la carta, que era lo que mas le interesaba por el momento, y mientras la leía arrimado a la luz de un candil que colgaba de la pared, prosiguió el monago dando gritos desaforados.

Rosa subió a averiguar la causa de tanto alboroto, y se echó a reír al ver al mofletudo monaguillo chorreando agua por todas partes, y que con voz plañidera la decia:

—Dadme fuego para secar mi ropa, y de comer para satisfacer mi hambre.

—Sí, hijo mio, todo lo tendréis al momento. ¿Pero por dónde has entrado en el cuarto?

—¡Ay! contestó el monago lanzando un suspiro; por la puerta.

—Traednos la cena, Rosa, dijo a esta sazón Felix, que acababa de leer la misiva; y que no sea escasa: de la ropa no os ocupeis, pues yo le daré de la mia para que se pueda mudar.

La hostalera salió, y volvió al poco rato con una cena abundante y una grande vasija de barro llena de fuego.

Damian cambió sus ropas por otras que le prestó Felix, y con las cuales se vistió como pudo, pues el cazador era de alta estatura, al paso que el monago era pequeño y regordete.

—Acercadme esas chuletas de ternera, dijo, apenas acababa de embaular un enorme plato de legumbres.

—¿Con que no quereis decirme nada de los demas asuntos que has traído a Bayona? le preguntó Felix sirviéndole las chuletas.

—Luego hablaremos de eso, le contestó devorando lo que Felix le habia dado.

Este conoció que nada obtendria del monaguillo mientras no quedase en los platos otra cosa que los huesos pelados, y así determinó dejarlo en paz hasta que cenase a su sabor. Tras de las chuletas de ternera, hizo desaparecer Damian una onorda tortilla con pedazos de jamon; luego engulló medil merluza, y cuando hubo sorbido la última cucharada de lecha de que habian servido lleno un enorme tazón, se recostó en el banco en que estaba sentado, y lanzó un suspiro que anunciaba el placer de haber cenado cosas suculentas y sabrosas, y de haber comenzado una feliz digestión.

—Vamos a ver, dijo Felix que iba perdiendo la paciencia; ¿estás ya repleto?

Antojósele en aquel momento al rapaz imitar al taciturno mayordomo de Mad. de Bréssens, y es de notar que Damian era testarudo por demas: asi es que contestó:

—Sí.

—Gracias a Dios: ¿y podrás decirme al fin a qué has venido a Bayona?

—Segun, contestó con calma.

—¿Cómo segun?

—Ahí vereis.

—¿Te burlas de mí, bellaco? dijo Felix en tono de amenaza.

—¿Yo?

—Asi lo parece. Vamos mi buen Damian, añadió el cazador con dulzura viendo que las amenazas no surtian efecto: conozco que he andado algo brusco contigo; echemos, pues, pelillos a la mar, y dime la causa de tu venida.

—La carta; contestó el muchacho meciéndose indolentemente en el banco.

—¿La carta? ¿Nada mas que la carta?

—Nada mas.

Felix tornó á leer la misiva de Carolina, la volvió de todos lados, miróla al trasluz; pero no encontró en ella mas que las instrucciones que ordinariamente se le daban, y estas palabras ademas: «Vigilancia mas que nunca, Felix, y piensa en mí.» Este era el contenido.

—¿No me engañas, Damian? le preguntó cuando se hubo cerciorado de ello.

—No.

—Pues bien: en ese caso puedes acostarte, porque mañana muy temprano has de volver á Urdós.

El monaguillo se levantó y salió del aposento; pero en vez de acostarse, bajó á la cocina y se sentó junto al comandante Bertholon. La afición á la milicia era su flaco y hubiera dado lo poco que poseía por poder lucir las charreteras que brillaban en los hombros del comandante.

Rosa que servía en aquel instante un vaso de vino cocido con azúcar á su antiguo parroquiano, se alegró de ver al muchacho á quien ofreció otro vaso. Escusado es decir que Damian lo admitió.

(Se continuará.)

J. M. DE GOIZUETA.

EL DOMINGO DE RAMOS.

Las ceremonias religiosas que han de celebrarse durante la Semana Santa no presentará nada de nuevo para los lectores católicos; todo será inmutable respecto á los ritos, según el uso antiguo y solemne, y para encontrar materia acerca de los pormenores menos conocidos en ocasión del Domingo de Ramos (*Dominica palmarum*), será preciso que nos traslademos á Oriente, al país donde tuvo su primer origen la institución y nos pongamos en la presencia del sepulcro del Salvador. En medio de la multitud de peregrinos, en medio de cinco ó seis iglesias militantes, se presenta una escena tan variada como los actores que en ella toman parte. Los griegos por un lado, los latinos por otro, armenios, maronitas, etc. rivalizaron mutuamente y luchan relativamente á las demostraciones piadosas. La ciudad santa se sombrea todavía con palmas, semejante al día de la entrada de Jesús en Jerusalén, cuyo aniversario se consagra el Domingo de Ramos. El Salvador del mundo entró allí con toda la pompa de un triunfador, y los judíos le fueron acompañando hasta el templo gritando: «Prosperidad al hijo de David! ¡Bendigamos el nombre del Señor en su persona! ¡Y algunos días después le coronaban de espinas! ¿Qué es la fiesta del domingo de Ramos, sino el primer acto de aquella divina Epopeya que da comienzo en el portal de Belén y termina en la cruz del Gólgota?

La bendición de las palmas, se verifica en este sacrosanto día en todas las iglesias; pero los diferentes pueblos de la cristiandad han debido modificar la ceremonia según el clima y las producciones de su suelo; en las comarcas en que la palmera no crece se cogen ramas de árboles verdes en flor, y de aquí precisamente procede el nombre tan conocido y repetido por todos de *Pascua florida*. En nuestros campos septentrionales se emplea comunmente el box; su sagrada rama adorna el crucifijo en lo interior de las familias, y se asocia á todas las ocupaciones de la vida activa; el tallo reverenciado es una bendición viviente adherida á todo género de industria y á todas las condiciones de la vida social.

En el Mediodía es la oliva el árbol de la paz, que la piedad utiliza en beneficio suyo; en otras partes es el mirto, ar-

busto pagano, el que adorna los altares del verdadero Dios. La piedad de los pastores de la Suiza católica despoja el haya para el mismo uso, y se sabe que en estas ramas está representado el mas sublime sentimiento que nos inspira nuestra sacrosanta religión.

La Holanda se sirve del acebo, al paso que en Inglaterra se emplean las ramas del sauce. En Noruega, y mas lejos todavía, hacen uso del pino para la misma ceremonia.

La Italia, esta tierra privilegiada de las artes y de las

comienzo la Santa Pasión de nuestro Redentor. El libro de los cuatro evangelistas constituye toda la pasión del Crucificado; abrid y leed. Ese libro está escrito sin arte; la escena carece de aparato; el héroe no sobresale, es una estatua sin pedestal, pues hablan de él como de un extranjero, por el cual solo se toma un mediano interés. Después de su muerte, cuatro discípulos, gente ignorada y oscura redactaron estas hojas con bastante variedad en los detalles para probar que no eran entendidos, y con bastante armonía en el conjunto á fin de demostrar que eran historiadores verídicos.

«Nosotros predicamos, dice San Pablo á Jesucristo crucificado, escándalo para los judíos, loco para los gentiles; pero á los ojos de los elegidos ó de los fieles, ora judíos, ora gentiles, prodigio del poder y de la sabiduría de Dios.»

Esta reflexión de San Pablo ha sido desarrollada y comentada de una manera sublime por uno de nuestros mas célebres y estimados predicadores. Los judíos no han podido persuadirse que un hombre que se había dejado prender, atormentar y crucificar, fuese el Mesías, y sin embargo, este acontecimiento les fué anunciado por sus profetas. Celso, Juliano y otros filósofos del paganismo, han reconvenido á los cristianos, suponiendo un rapto de locura haber atribuido la divinidad á un judío castigado con el último suplicio. Nosotros los cristianos, oponemos á la ignominia de la muerte del Salvador, su gloriosa resurrección, su ascensión, el culto que se le tributa desde el uno al otro confín, y sus inevitables sufrimientos para confirmar los demás signos de su santa misión. Era preciso que este divino legislador probase con su ejemplo la santidad y la sabiduría de las lecciones de paciencia, de humildad y sumisión que se debe al Todo Poderoso. Sus discípulos, destinados al martirio, tenían necesidad de un modelo, y era menester uno también para todo el género humano. Jesús había enseñado á los hombres como se debía vivir, su misión estaba terminada, y era preciso demostrar como se debía morir. Hé aquí el verdadero triunfo de Jesucristo. Jamás se presentó tan grande como en la Pasión.

Lo había anunciado mas de una vez, había designado con el dedo el momento, y había descrito puntualmente de antemano los pormenores de los tormentos. Hay mas; quiso pintar su muerte por medio de una augusta ceremonia, y quiso conservar el recuerdo de ella con un sacrificio que nunca olvidaremos.

Nada le hubiera sido tan fácil como evitar el furor de sus enemigos; pues bien; él los esperaba.... Sabe los ultrajes y los tormentos que le es-

tán reservados; pues bien, él se somete á la voluntad de su padre, y marcha con paso firme hacia los soldados, y sufre resignado las consecuencias que vinieron en pos de este memorable prendimiento.

Vedle marchando hacia el Calvario; oídle como predice durante su tránsito el castigo de sus enemigos con las expresiones de la piedad mas dulce. Le enclavan en la cruz; elevase el leño fatal. ¿Qué hace Jesús entonces? Pide á Dios el perdón de sus verdugos, y promete la felicidad eterna al criminal arrepentido. Después de tres horas de horribles sufrimientos: *Todo se ha consumado*, esclama con voz firme asombrando á cuantos presencian el horroroso suplicio. Luego recomienda su madre á su discípulo, y deposita su alma en manos de su padre y lanza el último suspiro.

MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, numero 8



Domingo de Ramos.

ceremonias católicas, es aun el mas hermoso y brillante teatro de los festejos que se celebran el domingo de Ramos.

En toda la superficie de la Península, y hasta en las grandes islas del Mediterráneo, y en las costas meridionales de España y Francia, se consagran palmas y olivas á esta sacrosanta ceremonia.

Nos viene á la memoria con este motivo, un hermoso día en que caminábamos con dirección desde Génova á Nicea por el camino de Cornicha, entre Puerto Mauricio y Albenga; atravesamos una pequeña aldea perdida y confundida entre el maravilloso conjunto de las altas palmeras; los habitantes de aquellas cercanías estaban ocupados en despojar de estos tesoros las ramas que amontonaban con un cuidado piadoso, y en medio de las demostraciones mas católicas, mientras que no á mucha distancia una tartana aguardaba el sagrado tributo para trasportarle á la basilica de la ciudad eterna.

Todas las palmas de que Roma se adorna el domingo de Ramos, son el despojo terrestre de esta pequeña aldea que se llama *Varaggio*.

Después de esta célebre y brillante escena, es cuando da